

Tan fácil, tan difícil

Ana Rosa Abejón Calleja

Ilustraciones Alejo Mira

“Yo disfrutaré haciéndolo y tú estarás mucho más guapa, confía en mí...” No sé si Albert Morano disfrutó haciendo su trabajo, pero yo sí estoy mucho más guapa.

Había acudido a la consulta con la misma disciplina que acudo a mi visita anual con mi ginecóloga, aunque reconozco que con mucho más entusiasmo, ya que mientras a Hilda acudo una vez al año, y lo hago con el ánimo del que ha prometido a la Mare de Déu subir a verla con una bombona de butano cargada a la espalda, a la consulta de Albert suelo ir dos veces al año, y con la alegría de una niña el primer día de verano.

Pues allí estaba yo, sentada en la camilla, observada por la estudiosa mirada de Albert, quien estratégicamente, y con la paciencia de un monje saolí, y la precisión de un informático de un laboratorio de I+D, iba marcando sobre mi cara los puntos en los que a continuación inyectaría



la toxina botulínica. Esta parte del proceso, la elección de los lugares donde inyectar, es muy importante ya que determina el resultado final, estarás guapa, o parecerás un pez globo no hay más, así de duro. Tan fácil, tan difícil. Por eso yo llamo a Albert el “Pertegaz” del Botox, y, por eso, Albert es ese profesional que toda mujer venera más aun que a su propia madre. Es como ese peluquero que desapareció de tu vida sin dejar rastro por el que no dudarías en conducir 600 km hasta su nueva peluquería, si supieras donde está claro...

Pero a pesar de toda esa fe que le tengo, la verdad es que me impresioné cuando me propuso hacer un lipoliftin. “Estarás mucho más guapa si hacemos una remodelación facial”. Abrí los ojos como dos huevos fritos y me agarré fuerte a la camilla. Debo explicar que el óvalo de mi cara es de una forma triangular que tengo que agradecer a mi madre, y que aunque siempre me ha conferido un cierto aire misterioso y sensual a lo Juliette Greco, lo cierto es que con el paso de los años siendo realista, tenía todo el aspecto misterioso que pueda tener un boxer.

Tragué saliva y pregunté:

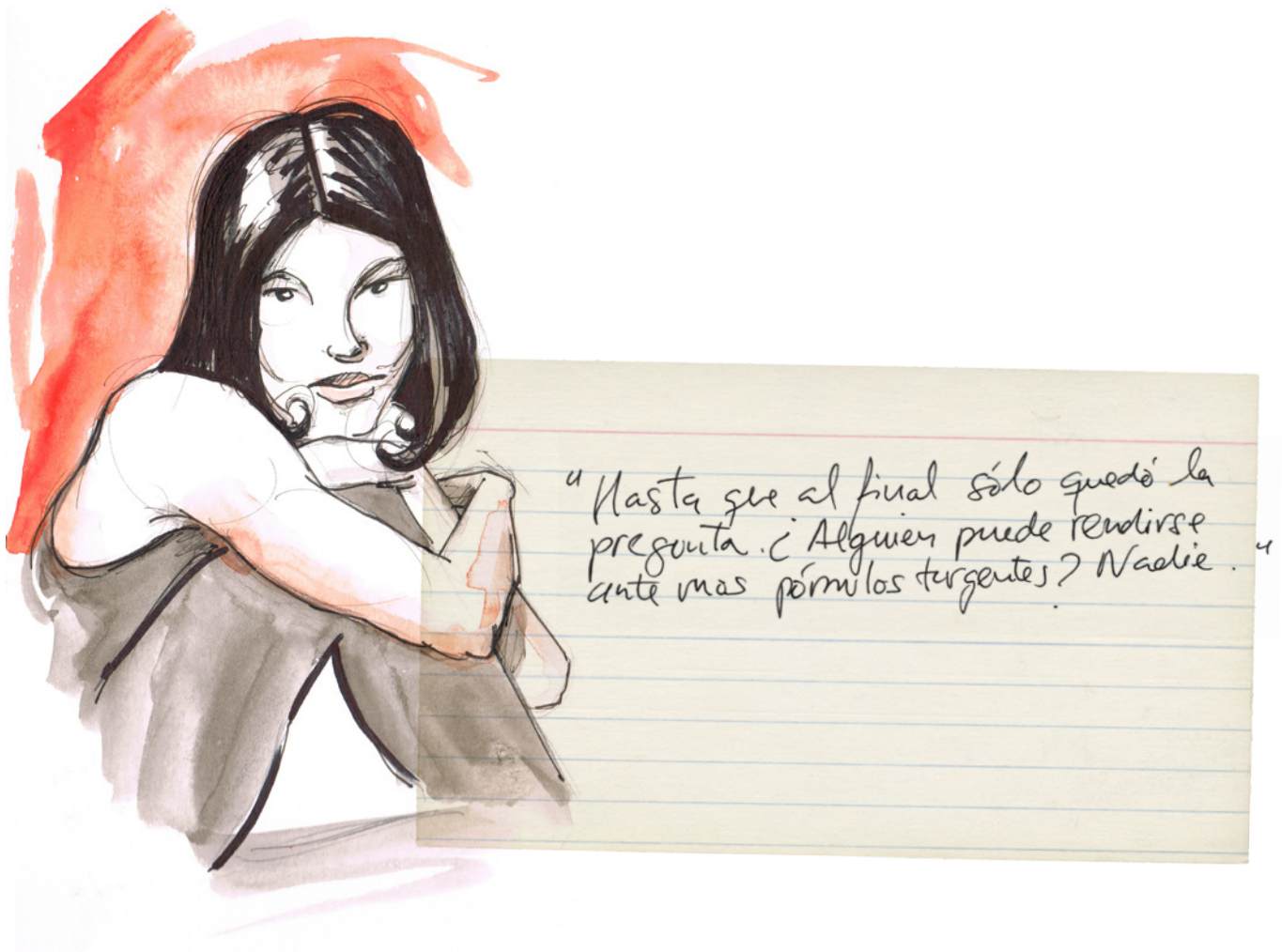
-¿Qué es eso?¿Realmente lo necesito?

- Es una restauración volumétrica, con el paso de los años se reducen los volúmenes de la cara, por un lado se reduce la masa ósea de los huesos faciales y, por otro, se reducen las partes blandas la grasa y la masa muscular, es entonces cuando la piel al tener menos soporte desciende, cae y los primeros síntomas de flaccidez comienzan a aparecer.

-Dios mío, no es el espejo del ascensor, realmente se me están cayendo los pómulos.

Y claro me lo estaba diciendo el mismo hombre que dos años antes había dado a mi cutis el aspecto que no había tenido nunca, ya que con 14 años el acné se instaló en mi cara, dejándome una piel que ha pasado por todos los maquillajes que en los últimos 20 años se hayan inventado para disimular poros abiertos y marcas, hasta que llegó él.

- En la grasa de las personas, existe gran cantidad de células madres que son las responsables de la regeneración de múltiples tejidos del cuerpo humano, al trasplantar esa grasa a la cara, obtenemos una mejor textura de la piel



porque se regeneran los tejidos gracias a las células madre, resultando un aspecto rejuvenecido y al haber inyectado grasa se restauran los volúmenes perdidos.

Para las mujeres hay determinadas palabras que son “botones rojos” que activan bombas, así que en cuanto escuché “grasa” el resto fue en cascada.

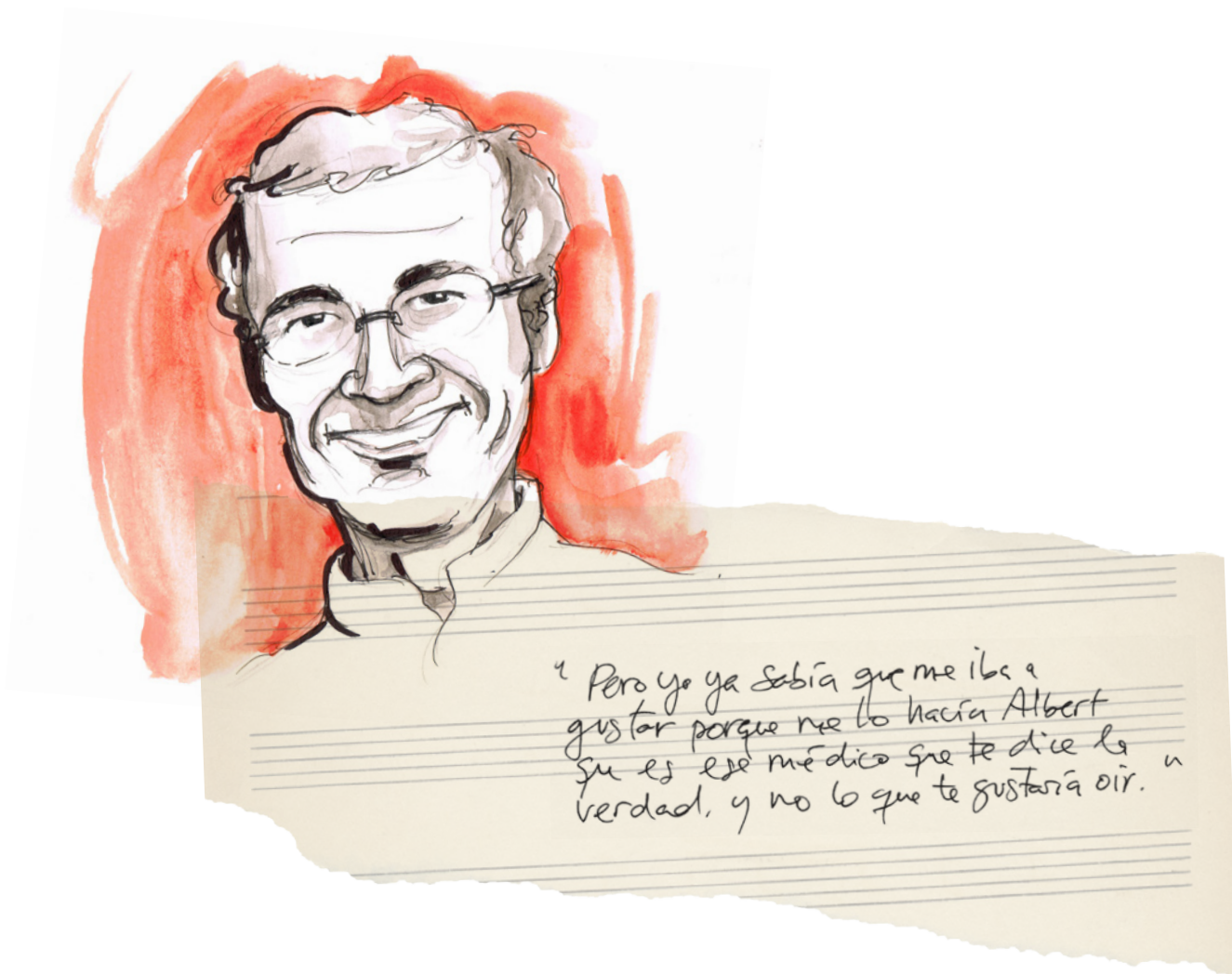
- ¿Qué encima me van a quitar la grasa que tengo acumulada en un sitio y me la van a poner donde un día estuvieron mis mejillas? Qué se paren las máquinas! ¿Había escuchado bien?

- Se realiza una liposucción en las zonas en las que sobre, a continuación esa grasa una vez preparada y depurada se inyecta mediante jeringas de 1mm en las zonas de la cara que hayamos determinado que es necesario su relleno.

A partir de ese momento sólo tuve dos preguntas ¿cuándo vengo? ¿puedo ser donante de grasa? Porque digo yo que habrá mujeres en el mundo delgadas, sin posibilidad de utilizar su propia grasa y con volúmenes faciales que restaurar!

Así empezó un viaje sin retorno, con un fin de semana en medio, en el que cibernéticamente me zambullí en el mundo de esta nueva técnica llamada lipolifting y que no es más que una transferencia de grasa de una zona de tu cuerpo en la que sobra, a otra zona donde falta, en este caso la cara, con un sinnúmero de beneficios derivados de las células madre. Dos días enteros viendo fotos del antes y después de cientos de mujeres con edades distintas, óvalos faciales distintos, unas más guapas, otras menos, pero todas con muy, muy buen aspecto, y en el que descubrí que la belleza de nuestros rostros se mide en términos de simetría . Antes y después.





Tan fácil, tan difícil. Me envalentoné, me acobardé, me decidí, me arrepentí, me arrepentí de arrepentirme, metaarrepentimiento. ¿Soy una friki? No, sí, sólo un poco, lo que sí y lo que no, y así un sin fin de enmiendas al lipolifiting. Hasta que al final sólo quedó la pregunta. ¿Alguien puede rendirse ante unos pómulos turgentes? Nadie.

El resto es ya historia, llegó el día y todo sucedió tal y como Albert me lo había explicado. Una leve incisión en mi tripa, la extracción a través de una cánula de mi grasa, el licuado de la misma en una máquina gracias a la cual descubrí que la grasa es bonita, parece Fanta de naranja, y su posterior introducción mediante una jeringa primero un pómulo. Antes de hacerlo en el segundo, Albert me cogió de la mano para que pudiera incorporarme y entonces me vi en el espejo y voilà descubrí que hay cosas milagro que sí son milagro. Después vino el segundo y me gustó mucho mi aspecto porque era una versión muchísimo más mejorada de mi misma, pero era yo. Como un secreto.

Tan fácil, tan difícil. Pero yo ya sabía que me iba a gustar, porque me lo hacía Albert que es ese médico que te dice la verdad, y no lo que te gustaría oír, y que te levanta sin tonterías de ese monstruoso diván que suelen ser los 40 y los cincuenta. Porque no estigmatiza las arrugas, ni el paso del tiempo, y porque cuando él te explica tú entiendes que su sentido de la belleza se sustenta en eso que no se ve, que no se gasta y que con noventa años te seguirá haciendo bella. Tan fácil, tan difícil.

4 Porque no estigmatiza las arrugas,
ni el paso del tiempo y porque su
sentido de la belleza se sustenta en
eso que no se ve, que no se gasta y que
con noventa años te seguirá haciendo bella. 4



Gracias Albert.